



A la luz del rock

Jesús Vicente García

*Para los Beatles, el pasado no existe.
Incluso "Yesterday" se convierte en presente*
—Carlos Mapes

SER ROQUERO NO ES FÁCIL si se toma en cuenta que no basta con escuchar la música, subirle al volumen, hundirse en ese sueño despierto que todo joven crea en su mente, cerrar los ojos y verse en el escenario, con el micrófono en la mano, con movimientos parecidos a un ataque epiléptico, pero que en realidad denotan un goce estético; porque para ser un verdadero roquero hace falta saborear los sonidos, adjetivar las sensaciones, unir vida personal con música colectiva, comparar los instrumentos con el sexo, asirse a la poética de cada grupo, a la letra, a los nombres, a las vivencias, sufrirlo, gozarlo; saber a conciencia que el verdadero rock sesentero es alto, sonoro y significativo, como diría Don Quijote a propósito de Rocinante, para que, de la misma manera, sea eterno compañero en nuestras aventuras. No basta con ponerle oreja, hay que encontrarle el color, el olor y vivirlo en tiempo presente.

Así de libre y seguro se mueve Carlos Mapes en *Sombra del rock, 1962-1969*, y el lector ingresa por la vía de la prosa poética, de cuentos breves con finales abiertos, de aforismos, de la crónica, todo ello mezclado con escritos sueltos, reflexiones personales, y por eso el tema y la forma coinciden en un cruce: la libertad para la expresión literaria, porque no se trata de periodismo ni de verdades, sino de evocaciones; una nueva lupa para entrar a esa etapa roquera.



La época

Los años sesenta se caracterizaron por su hibridez, por tener un mundo lleno de guerras, golpes de Estado, proliferación de armamento y asesinatos de estudiantes y presidentes, al mismo tiempo que una mujer llegaba al espacio y un hombre a la luna; también se realizó entonces el primer enlace trasatlántico de televisión por satélite, la minifalda revolucionaba moda y estética, se publicaron *Cien años de soledad* y *Rayuela* (era el *boom* latinoamericano), salió a la luz el primer disco de los Beatles, la juventud cotorreó en el Festival de Woodstock, los hippies protestaron contra la guerra y el racismo, y en ese contexto estalló el rock, que a su vez se alimentó de otros ritmos como el góspel, el folk, el blues y el jazz, entre otros, porque género que es acariciado por el rock, género que se transforma. Así, la juventud tenía algo que los unía: la música. El mundo se movía en todos los sentidos, las ideologías se trastocaban. El rock era de ellos y para ellos; con el paso de los años, ahora es de todos y para todos. Los roqueros de los últimos cuarenta años son de edades diferentes, pertenecen a contextos muy diversos, aparentemente ajenos entre sí, pero los sesenta tienen eco en sus vidas, sea por afinidad de edades, herencia musical o simplemente por gusto.

Las formas de las viñetas

Bajo esta luz, el libro de Mapes deja claro que el rock es forma y fondo. Hace sentir una época, no importa si la vivimos o no personalmente. El autor tenía una intención: escribir viñetas. Él así las define: “A esto aspiran los textos del presente libro: a dibujar viñetas grabadas en papel, estampadas con letra y a ser compañeros de las canciones que a diario me persiguen”, como los discos de 45 revoluciones, en los que sólo cabían una o dos rolas por cada lado. Así son sus textos: cortos, con mucha imagen y breve descripción. El libro es como un disco: nuestros ojos se deslizan cual aguja de diamante en los surcos del LP y escuchamos, mientras leemos, a aquellos que llegaron para quedarse. Con esa forma, enumera músicos, protagonistas y anécdotas combinadas con sus primeras experiencias, por ejemplo, en conciertos de rock, en alguna fiesta en la que hubo bronca porque sus cuates tenían intención de ligar, y de pronto, no supo cómo, se vio solo y con un golpe, aunque no le importó, porque la voz de John Kay lo había hipnotizado.

Amén de su gusto por las portadas de discos de 45, Mapes enfatiza su devoción a las letras de las canciones, porque los músicos que evoca no son sólo escritores de letras, sino poetas, como dijo Bob Dylan acerca del



Carlos Mapes
Sombra del rock. 1962-1969
México, Trilce/Universidad Autónoma de Nuevo León
(Tristan Lecoq)
2011, 110 pp.

cantante y compositor Robinson, de la agrupación Smokey Robinson y los Miracles, cuyos temas tratan de la gente común, del trabajador de una fábrica, de una mesera, “la muchacha que está esperando sola en la mesa”, o simplemente las miradas de las jóvenes que caminan en la calle.

Las viñetas tienen distintas formas. Las hay hechas con unos cuantos pincelazos, en las que el autor nos hace ver al artista físicamente, lo correlaciona con la voz o algún instrumento, nos pone en el ambiente del músico (que no siempre es el escenario) y nos hace escuchar la voz pegajosa de John Fogerty; son descripciones sin anécdota que aluden más a la sensibilidad. En otras, híbrido de ensayo con prosa poética, combina la descripción con la reflexión y narra un suceso del artista conectado con otro: empieza por decirnos cuál es el barrio de Janis Joplin, luego su vestimenta hippie y su pesada forma de beber, después su voz de estilos musicales negros; enumera virtudes musicales e intercala reflexiones: en voz de Joplin, el soul-blues se convirtió en rock, en disonancia, en raspa, en maullido de gato, en alarido cósmico, en canto malherido de amor. Otro tipo de viñeta es la que contiene más narrativa; él es personaje-narrador, personaje-autor, está dentro de la historia, platica alguna vivencia para después darnos su visión del rock. En realidad, todo el tiempo se sabe que él es el narrador, pero sólo en estos casos forma parte de la historia, como la ocasión en que a sus 14 años fue a ver a Procol Harum en el Auditorio Nacional, o cuando se vistió como uno de los Monkees porque quería ser parte de ellos. Formas literarias para rocanrolar la poseía, para poetizar el rock. La prosa le pone color a las canciones, a las voces, a los sonidos; ejerce el sentido de la libertad, de la misma manera que Jimi Hendrix lo hacía al tocar su guitarra, de la cual salía un “sonido sobrenatural, áspero y experimental”, que fue su más alta propuesta; la de Mapes es la prosa poética.

El lector verá pasar enfrente de sí a Elvis Presley, Chicago, Moody Blues, Janis Joplin, Jim Morrison, los Beatles, los Rolling Stones, Neil Diamond, Creedence Clearwater Revival, los Yardbirds, Aretha Franklin, los Animals, Jefferson Airplane, Santana, Tina Turner,

Frank Zappa, Bob Dylan, Petula Clark, Deep Purple, entre otros muchos que siguen vivos cuando escuchamos Radio Universal y recordamos desveladas en la que esa generación de músicos nos acompañó toda la noche hasta el amanecer, para seguir con los oídos llenos de esas “melodías radiantes para las parrandas melancólicas, lentas”.

Vistas así las cosas, el título del libro es acaso la antítesis de su contenido: *Sombra del rock*. Porque el volumen es una antorcha que da luz a los protagonistas, al ambiente, a la descripción de los discos y a la ropa, al pensamiento, en que los colores son importantes. El lector no verá lo oscuro con que se relaciona al rock, trátese de espacios abiertos o cerrados. Por el lado del ritmo es tan dinámico como la claridad. Mapes le da otro tono a este género para saborearlo. Es, en síntesis, una nueva visión acerca de la época dorada de los sesenta, y no sólo le habla a su generación, sino a las nuevas. **▲▲**



Fotografía: Thinkstock